

N.º 4
ISSN: 2773-7322

PRELIMINAR
cuadernos de trabajo

Narrativas profanas de la descomposición

Profane narratives of decomposition

Ariana Castillo y Gisell Reyes*

Recibido: julio 2020
Aceptado: octubre 2020

Resumen:

Nuestra propuesta de trabajo consiste en la elaboración de una compilación digital que contiene varios textos narrativos realizados por nosotras, además de otros elementos, que abordan el tema de la pandemia con un acercamiento a la estética arraigada a la profanación de los cuerpos, similar al trabajo de Georges Bataille en su obra *Historia del ojo*, entre otros textos. Nuestra intención es mezclar este estilo estético con los acontecimientos vividos para formar un reflejo o representación del habitar de la muerte, el abandono y

* Este trabajo fue desarrollado en la materia Fundamentos de la estética, sociología y filosofía del arte. Ariana Castillo y Gisell Reyes. Universidad de las Artes, Escuela de Literatura. Guayaquil. Ecuador. ariana.castillo@uartes.edu.ec; gisell.reyes@uartes.edu.ec

Cómo citar:

Castillo Ariana y Giselle Reyes. "Narrativas profanas de la descomposición". En *Fragmentos de un discurso del cuerpo. Preliminar: cuadernos de trabajo*, N.º 4 (2021): 27-56.

desesperación que existió durante el mayor pico de la reciente pandemia. Exploramos un campo poco usual dentro de nuestros escritos: lo grotesco, lo oscuro, la muerte y la descomposición no solo de cuerpos físicos, sino también, la degradación de una sociedad que sumida en la desesperación, abandono y caos pasó de largo ante la muerte, sin ofrecer una despedida digna a los que ya no nos acompañan, en un acto de profanación que quedó reflejado en las aceras.

Palabras claves: profanación, descomposición, pandemia, erotismo mórbido, muerte.

Abstract:

Our work proposal consists of the elaboration of a digital compilation that contains several narrative texts made by us, in addition to other elements, that address the issue of the pandemic with an approach to aesthetics rooted in the desecration of bodies, similar to work by Georges Bataille in his work *History of the eye*, among other texts. Our intention is to mix this aesthetic style with the events experienced to form a reflection or representation of the inhabiting of death, abandonment and despair that existed during the greatest peak of the recent pandemic. We explore an unusual field within our writings: the grotesque, the dark, death and the decomposition not only of physical bodies, but also, the degradation of a society that plunged into despair, abandonment and chaos passed by before death, without offering a dignified farewell to those who no longer accompany us, in an act of desecration that was reflected on the sidewalks.

Keywords: desecration, decomposition, pandemic, morbid eroticism, death.



*Narrativas
profanas de
descomposición*

ARIANA CASTILLO



GISELL REYES

Fresco



*Crónica mal contada
de una pandemia mal
vivida en una ciudad
malnacida*

Dicen que en febrero llegó el virus, quizá no el “original” importado desde China, en su lugar, alguna otra persona que venía desde algún otro lugar menos exótico lo haya traído. El chivo expiatorio fue una mujer. No vale la pena mencionar su nombre, su cuerpo ya está degradándose en alguna bóveda o en las profundidades de la tierra.

Que el virus pasó aquí desde san Valentín dicen, hasta carnaval jugó entre las calles. Nadie iba al chifa.

Quizá alguna familia de esas que viven en grandes casas, cruzando el puente, llegó enferma de Italia, diciendo: “Es una gripe bien fea”, mientras un engendro les criaba en los pulmones. Tosían y luego la empleada doméstica tosía.

Aquella que cogía dos buses y una ruta de la metrovía, ella también iba tosiendo, con la espalda cansada y al pasar de los días se le hundían los pulmones. Y cuantas más familias habrán tosido, cuantos trabajadores, cuantas metrovías.

Cuando llegó marzo, desde los rincones más alejados de la ciudad se estremecieron. Vitamina C, jengibre, eucalipto y sahumeros y payasadas de políticos. Cuerpos aparecían en las noticias, en redes, sin nombre, sin caja, con una sábana.

En abril los hospitales rebosan, de sus pisos salía un líquido viscoso, entre flemas pus, sangre venían de cientos de cuerpos forrados con fundas de basura, enterrados en cal, pero expuestos al sol de la bella ciudad. Los buitres aparecieron, desgarrando con sus picos lo que alcanzaban. Sobrepuestos en alimentos, el cartón más caro, el dolor rondaba.

¿Y las pruebas? Quien sabe, quizá en casa de algún Bucaram

¿Y la ayuda? Ahí están, hermosísimas cajitas de cartón para que entierres un cuerpo adolorido, fatigado, que ha trabajado toda su vida.

¡Garrote para los que no cumplen la cuarentena!

Quien los manda a vivir en casitas de caña al borde del estero gritaba la camisa blanca que en octubre decía a Guayaquil se la saca adelante trabajando.

En mayo todavía llovía, quizá eran las almas que subían dejando atrás al cuerpo. Que no hay dinero, que tengan calma.

En junio la gente ya salía. Había ofertas y muertes que no se lloraron bien. Guayaquil no es una ciudad buena para los artistas, pero sí para los políticos payasos que actúan bien feo, por cierto.

Ya en julio la gente ha olvidado. La mayoría va por las calles como si nada hubiera pasado, mascarillas a cincuenta centavos en el centro, y todo es extraño porque se trata el asunto como un tabú, como si el miedo, como si la rabia, como si la muerte no hubieran existido, pero creo que es normal en una ciudad como esta, tan bella, donde hubo tantas muertes sin llorar desde siempre, donde los chonos y los huancavilcas están en lo profundo de la tierra, quizá bendiciéndola pero al mismo tiempo maldiciéndola y es que no se puede ignorar lo extraña que es la perla del Pacífico debajo de todos los adoquines, debajo de todo el pavimento.

¡Viva Guayaquil, carajo!

*Retrato
de una
loca*

Se despertaba temprano para ir al mercado, salía forrada con todo lo que encontraba, corría de la gente que se pegaba una a la otra, que formaban multitudes que solo podrían traducirse como caldo de gérmenes y bacterias.

Sumergía en cucharón en la nueva mezcla de ingredientes para la merienda y se agachaba para tomar aire. Se lavaba las manos, una y otra vez. Ardían por el alcohol y el jabón.

Limpiaba, se mantenía ocupada, activa, cocinaba y todo hasta que la oscuridad de la noche la cobijaba y daba vueltas de aquí allá, intentando escapar del hechizo de Morfeo hasta que caía de la cama.

Siempre se burlaban porque usaba anti-bacterial desde hace años y tocaba los tubos del transporte público con un pañuelo. Siempre soñaba lo mismo. Que la gente corría desesperada porque había algo entre ellos, en el ambiente.

Siempre fue la rara

(Y era normal que fuera rara, era diciembre del 2019 aún).

Estaban allí las pesadillas, cada noche presentes evocadas por el miedo, la ansiedad y toda esta maraña de noticias, una tras otra, sobre la cantidad de enfermos, nuevos síntomas y el dolor en el pecho la atan hasta dejarla exhausta en el suelo. No entendía.

Luego vio que allá en China se gestó un virus, y ella sabía que tuvo la razón. Pero nadie prestaba atención y se le reían. ¿Es que no ven las noticias esta gente? Se decía.

Y algo creció dentro de ella porque veía crecer las cifras, pero ya no sentía la angustia de sus sueños. Reía. Se alegraba con una felicidad demencial porque les advirtió

y

nadie

le

hizo

caso.

Se imaginaba como la única mujer en el mundo, la única que sobreviviría y que esos sueños eran premoniciones del universo para salvarla, que quizá era una especie de escogida y se jactaba de ello. Y entre más muertos había, más reía, más feliz estaba, se extasiaba en el dolor.

La encontraron después aproximadamente ocho días de su muerte, su cuerpo descompuesto soltaba una putrefacción pestilente y su cadáver dejó una marca profunda en el suelo.

Bastó una gota de saliva de la boca de alguien, cayó en su mano de manera casi imperceptible y ella se rascó el ojo. la fiebre, la flema y el virus necesitaron solo una semana.

Creyó que se salvaría, que el universo le estaba dando anticuerpos a su elegida. Quedó tendida en el suelo de la sala con una expresión horrible, buscando aire desesperadamente. Cuando la movieron, el nido de gusanos que se movía dentro de ella dejó ver sus cuencas sin ojos, su pecho vacío.

Y su familia, sus vecinos y en su trabajo al enterarse dijeron: “Vaya, se murió la loca”.



Hinchado



Necroerotismo



No sabría decir con certeza si era agua, sangre o una especie de combinación de ambas, pero más espesa y amarilla. Pus, tal vez. Lo que puedo decir con certeza es que era resultado de la muerte.

Representaba una belleza única, escandalosamente atractiva. Me placía echarme a su lado y dejar que mis dedos fantaseasen sobre aquellas pieles descoloridas. Los encontré sobre una cama de cuerpos, unos sobre otros, donde era muy difícil distinguir de quién era este brazo o esa pierna. Expedían un aroma que rozaba mis fibras íntimas, provocando que involuntariamente repose mi mirada en curvas, vórtices y falos. Ni uno tenía nombre y llevaban días aquí, en la frialdad del resto de sus vidas.

No me quedaba mucho tiempo para venerar los restos descompuestos, congelados y marchitos, que como pétalos de rosas se escurrían sobre mis brazos al intentar moverlos.

Todo era un caos, cada vez había más y más personas amontonándose en este cuartito, donde no había lugar para otra alma. Era una habitación con una orgía de pieles desvanecidas, sin nombres, y con un fin que no terminó ahí. Cada roce entre ellos era un éxtasis a mi sur en llamas. Era tan horrfico, tan mórbido y de alguna manera me resultaba muy excitante. Afuera los reclamaban, los querían intactos para cubrirlos con llantos, ropa y tierra, pero nadie sabía quién era quien, el tiempo los había deslucido para los ojos amigos, muchos de los cuales se iban llenos de incertidumbre o histeria.

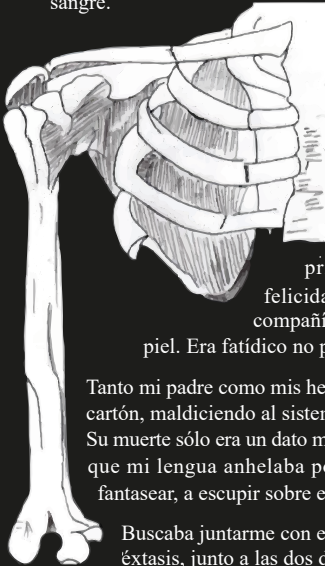
Y eso no sólo pasaba en el cuartito, también lo veía en las esquinas de camino a casa. Solía sentarme en la última parte del carro, y veía aquellas semillas esparcidas pudriéndose. Era asquerosamente erótico.

Ahora que pienso en eso, no puedo evitar explorarme y explotarme, paladear los sabores salubres que florecen de mí y bañar con él al último inquilino que queda de la fosa. Esto es lo más cerca que he estado de la muerte, colonizándola antes de que ella llegue a mí, siendo una con un erecto bloque inerte de plastilina que me enciende, lo clavo dentro, me sacudo, me colmo de sus fluidos mezclados con los míos y descanso a su lado, llena del terrible placer de gozar la carne expirada.



Sacrilegio
materno

Mi atracción por la muerte siempre perturbó a la gente de mi alrededor. Desde mi propia familia pensaban que estaba loco, que no era normal. Mi madre decía que rechazaba la leche, pero pedía sangre.



Creo que no ha sido hasta ahora que soy capaz de entender por qué lo decía. Yo amaba a mi madre con todas mis fuerzas. Fue lo que más deseé en la vida, su cercanía, su contacto. Pero tenía que conformarme con un cariño basto y lejano, pues ella no me trataba como a mis hermanos. No fue afectuosa ni atenta, huía de mí porque yo era raro. Yo era el hijo que rechazó su leche.

El día que mi madre murió, sentí que mi amor por ella se intensificó. Sentía un carnaval en el corazón, porque por primera vez, veía que hizo algo que realmente me llenaba de felicidad, me sentía extasiado, excitado. Estuvo dos días haciéndome compañía, seduciéndome, llamándome para que juegue con el frío de su piel. Era fatídico no poder hacerlo.

Tanto mi padre como mis hermanos estaban ocupados llorando, pidiendo las famosas cajas de cartón, maldiciendo al sistema que les robó la posibilidad de escucharla sonreír nuevamente. Su muerte sólo era un dato más para la cifra mundial. Pero en mi corazón, era el deseo palpable que mi lengua anhelaba por recorrer. En sus ojos habitaba un vacío que me invitaba a fantasear, a escupir sobre ella, tocarle los senos y empaparla de mis fluidos.

Buscaba juntarme con el origen de mi existencia y quedarme ahí, descansando luego del éxtasis, junto a las dos diosas que adoro.



Putrefacción Activa



EL FIN



Mutilación de cuerpos y sexos al aire.

Las caras son cunas de gusanos

Y angustia de padres

Llantos de madres

Y negocios para el funerario.

Ningún falo podrá igualar el número de la pérdida

El roce duro con las carnes resbalosas

Son la mofa de moscas hambrientas

Que siembran en desconocidos

La histeria de la impotencia

Y el desfile sin nombre que adorna las calles

Y las cifras aumentan y las camas escasean

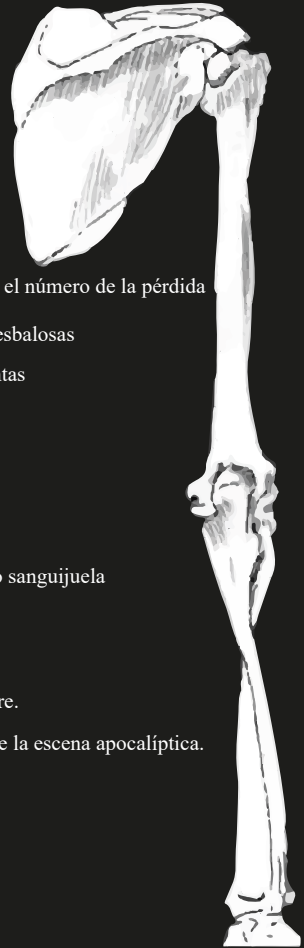
El aroma a pérdida se arrastra como sanguijuela

Coloniza, corroe, carcome.

Los ves en las cuencas vacías que antes irradiaban vida.

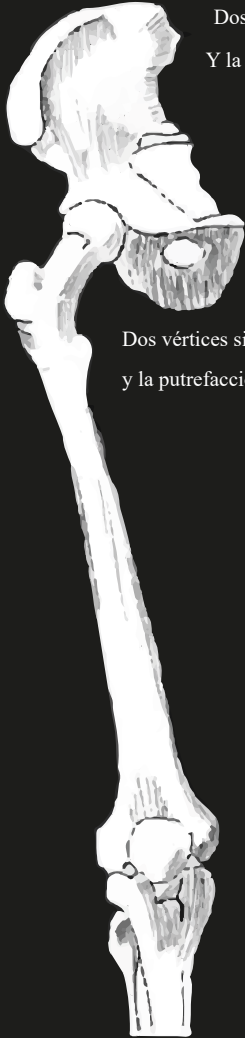
Mutilación de cuerpos y sexos al aire.

Emblema devastador de la escena apocalíptica.



A H O R A





Dos vértices sin orbitas

Y la putrefacción cerniéndose sobre la carne.

Devorando, consumiéndose

Aniquilando a su paso

en un baño rojo

sin oxígeno, sin pulso.

La danza inerte que llegó a su fin

sobre esquinas oscuras que se escurren con el tiempo.

Dos vértices sin orbitas

y la putrefacción cerniéndose sobre la carne.

Están en todos lados,

se les destila la vida

y huelen a muerte

LA MANCHA



ALGÚN DÍA



EL BESO



Sus labios estaban húmedos, incluso, un poco insípidos. Quizá, porque llevabas días enferma, muy enferma. Tu saliva estaba hirviendo, tu lengua, buscaba a la mía como si tu respirar dependiera de ello.

Desesperada, te fuiste.

A finales de febrero, huiste.

Desesperada, me lastimaste.

Desde comienzos de marzo he tenido fiebre, ahora soy yo quien no puede respirar y mis labios, mi lengua y mi saliva con el germen maldito te buscan y tú, tú ya no estás.



EL OFICIO



-Ahí te traigo otro- dijo el hombre dejando el bulto sobre los demás. La pila era numerosa, resultado de la, para nada deseada, pesquía del día.

El “ahí te traigo otro” se había convertido en algo habitual, en lo rutinario. Y no podían esperar más que eso, al final de cuentas, para eso se les pagaba. Les tocaba manipular lo poco que quedaba de humano en esas figuras asquerosas e irreconocibles, profanar los restos, tirar los harapos roídos por las ratas, llenos de gusanos e impregnado del desperdicio de vida.

Recoger los cuerpos como maleza, ese era el trabajo en tiempos de pandemia.

